



*Monasterio de Monfero. Aspecto de uno de los patios claustros.*

## MONFERO

Por ISAAC DÍAZ PARDO

En una quebrada de los montes que vierten sus aguas en el Lambre (1) por el norte, donde el paisaje de pinares ruidosos empieza a perderse en las sierras de

Moncouso, el viajero —que recorrió por graves corredoiras un camino que le separa media hora de la carretera más cercana— contempla a sus pies, desde el

lugar conocido por "As Parrochas", en un profundo y maravilloso valle, impresionantemente solo, el Monasterio de Monfero. Inmediatamente nacen en la mente del viajero interrogantes, que contrastan con su admiración, pretendiendo aclarar la presencia del talento humano en este apartado rincón. En seguida se descubre también que el viajero es del siglo XX; pero ello no resta importancia a la visión de una enorme mole de piedra labrada con bellas proporciones, que se yergue señora todavía de su paisaje, que aliado con el tiempo lucha contra ella, encaramándose en sus tejados y cornisamentos, y llegando hasta su torre los dominios de la vegetación.

La curiosidad se asocia en el viajero a su admiración, y lo llevan al fondo del valle frente a la colosal fachada barroca de la basílica, con sus enormes columnas adosadas, y pilastras que lucen airosos capiteles corintios sobre fondos de almohadillada piedra y



*Crucero a la entrada del famoso monasterio.*

jastra. En el interior del templo, de grandiosa nave y crucero cubiertos por bóvedas de cañón con ensetones decorados —que se distinguen entre los de su clase— amplias cornisas y pilastras del más puro y sereno barroco, ponen este monumento a un paso del Renacimiento. Hay sepulcros góticos con esculturas de guerreros; hay inscripciones gallegas advirtiendo de la categoría de los personajes en ellas encerrados, "do sacello do Rei", que hablan de un pasado histórico de Galicia, y recuerdan el poder y patrocinio de los Traba, que llegaba a este cenobio, así como el de los Andrade y Moscoso.

La curiosidad corre por sacristías y salas capitulares, que se admiran por su barroco tan poco barroco; se llega, atravesando galerías derruidas, patios y salas, a un hermoso claustro de un sencillo ojival, construido en pleno Renacimiento. Posee una fuente central, y revestimiento exterior que ahoga sus primitivas luces: alza una nueva planta de un franco barroco de finales del siglo XVIII, al que también debe corresponder otro claustro menor del convento, también de dos plantas, con arcos y pilastras. Todo esto lo vé el viajero, mezclado con la naturaleza, hasta tal punto, que a veces no sabe donde termina el campo y donde empieza la arquitectura: porque los claustros tienen encima, arruinando sus costillares, tanta vegetación como el mismo campo.

El guía del viajero le informa pobremente de la historia de este solitario monasterio: el primitivo fué construido por monjes cistercienses hacia mediados del siglo XII, protegido por el conde Pedro Osorio colateral de la poderosa casa de los Traba, de cuyos vestigios apenas si se adivina alguna piedra. Se renovó el templo a fines del siglo XVI, y el convento en el primer tercio del XVII. Tuvo una riquísima biblioteca, y de él salió en el XVIII el obispo de Solsona defensor de la liturgia del Cister, Fray Agustín V. Varela.

Los montes que lo amparan por el norte, conocidos por los de la

Cela, fueron el sitio donde a finales del XVI se les apareció a los monjes la Virgen sobre la que se advoca hoy el Monasterio: cuentan con bellos homónimos, con nombres de lugares que recuerdan muy directamente el latín: Altos de la Visura, Paso de-Loca Ha, etc.

Ahora sabe el viajero, por este descubrimiento que a sí mismo se ha hecho, de la posibilidad de una estética refinada donde sólo creería hallar renuncia; piensa ahora sobre el valor histórico y artístico de esta colosal pieza que tantas cosas dice y que tantas cosas enseña, y siente el dolor de que un tiempo como el nuestro,

bajo su responsabilidad, vaya a desmontarla piedra a piedra, para llenar en otro lugar un vacío arquitectónico; un vacío absoluto, para el que parece no fueron suficiente ejemplo los reproches históricos al arco de Constantino. El Monasterio de Monfero, olvidado por los hombres, que han dejado crecer en su ornamta raíces que minan su fábrica, pertenecer ya sólo y enteramente, a su paisaje.

(1) Río que desemboca en la ría de Sada en "Ponte do Poreo", a mitad de camino de Restanços a Pontedeume.



Interior del templo del monasterio de Monfero.

**EL DESPOJO DEL PATRIMONIO GALLEGO**

Hace algún tiempo con motivo del proyectado traslado de Portomarín para inundar su suelo, vino desde Cataluña un técnico para separar de la pared las pinturas románicas de su antigua iglesia. El técnico regresó seguramente a su país, luego de realizada su función, y con él desaparecieron los murales románicos de la Iglesia de Portomarín, una de las joyas medioevales de nuestro patrimonio artístico. En Galicia se hizo silencio alrededor de este despojo. Los que deberían protestar no lo hicieron, quizá temiendo las consecuencias que la tal protesta podía ocasionarles. La prensa de Galicia no dijo nada, ¿pero qué iba a decir sobre esto una prensa dirigida desde Madrid, que reniega del idioma y de las tradiciones de su pueblo y que tiene como directores en general a periodistas mercenarios más preocupados por el porvenir de Chian-Kai-Shek o de Mae Carthy que de la agonía de su propio país? (Algún día escribiremos también nosotros sobre "La traición como arte" al modo de ese periodista internacional, conocido nuestro, recordándole a este como a otros colegas suyos, las crónicas que hacían en 1930 estando seguramente, por las conclusiones de sus razonamientos actuales, eran simplemente espías). Aquellos murales, decíamos, desaparecieron de Galicia, sin que se supiese nada acerca de ellos, como tampoco se supo del tesoro del monasterio de Sobrado, advertido por un detector de oro manejado por unos técnicos y con la misma desaprensión con que se convirtió al Hospital renacentista de Compostela en Hotel. Ahora se trata de otra reliquia nuestra de la iglesia de Monfero fundada por el conde D. Pedro Osoriz, en época del rey Alfonso VII y sujeta entonces a la regla Benedictina.

Don José Toubes, un párroco coruñés "todo renunciamiento" según manifiesta la "Hoja Oficial" del 22 de noviembre último, pero a quien conocemos de su época de director de "El Ideal Gallego", en la que no renuncia



*Entrada al Monasterio de Monfero, del siglo XII, al que pretenden despojarlo de su fachada*

la al menos a ningún atentado que supusiese injuria, decidió, ayudado por las autoridades, levantar un templo a la memoria del santo gallego, autor de la Salve Regina, Pedro de Mezozzo, siguiendo los cánones arquitectónicos del Monasterio de Monfero. Hasta aquí la noticia no tendría para nosotros más importancia que destacar el absurdo que significa que en una ciudad de arquitectura moderna se eleva un edificio que sea recuerdo de un monumento del pasado y precisamente en nuestros días cuando muchas autoridades eclesiásticas en todas partes, pero sobre todo en los países occidentales de Europa, en Francia los P. P. Couturier y Régamey, tratan de acomodar estilo arquitectónico, materiales y el arte en general de nuestra época a los nuevos templos que se erijan. Mas la crónica del Sr. Roldán en la "Hoja Oficial" nos ilustra de un atentado del que Galicia entera debe defenderse y es que, para la construcción de la Basi-

lica de San Pedro de Mezozzo se pretenda desmontar las "venerables piedras del monasterio de Monfero, que fué dedicado a Santa María en el siglo XII". ¿Quién le había de decir, pensamos nosotros de modo contrario al del Sr. Roldán, a Martínez Salazar patriarca de nuestros estudios históricos y literarios, que un nieto suyo iba a prestarse como ingeniero a este atentado a nuestro patrimonio artístico e histórico! El Sr. Toubes, de acuerdo con las autoridades en su ignorancia y desaprensión, acordaron adosar la maravillosa fachada del Monasterio de Monfero a la arquitectónicamente anacrónica basilica que proyectan edificar en La Coruña. Despojarán a uno de los más antiguos templos actuales de Galicia de lo que constituye desde hace ocho siglos nuestro orgullo, y restarán además a nuestra época la posibilidad de que arquitectos, ingenieros y artistas espases y originales yerzan un monumento que la represente como tal. El monasterio de Monfero es

— BARCELONA —

LUX-GUYAN (PONTOVEDRA)

# HOSTAL

DE LOS

## REYES CATOLICOS

UN EDIFICIO DEL SIGLO XV CON LAS COMODIDADES DE UN HOTEL DEL SIGLO XX

Pase el último fin de semana del año, disfrutando de la magnificencia de este Hotel, único en el mundo.

Sabado, 31 de Diciembre. — CENA DE GALA en el Comedor Real:

*He aquí la reproducción de un aviso, publicado en un diario gallego, del "Hostal de los Reyes Católicos", situado en el ex-Hospital Real de Compostela. Por unos pocos dólares los turistas de todas partes del mundo podrán gozar en él de las comodidades millonarias de un Waldorf Astoria, con la diferencia de que este presuntuoso hotel jamás no puede ofrecer a sus clientes ni igual precio bajo —consecuencia de jornales bajos—, ni un bello edificio del siglo XV, como anexicia, para escaerito nuestro, la administración del "Hostal".*

un monumento que debe de quedar restaurado en el paisaje en que fué erguido como testimonio de un pasado gallego de esplendor. Atentar contra sus piedras es atentar contra la tradición y la historia venerable de Galicia. Cuando el Cardenal Quiroga Palacios fué elegido arzobispo de Compostela, toda Galicia se alegró de su designación porque se le suponía encendido de galleguidad.

¿Cómo ahora puede bendecir los cimientos de un nuevo templo que está destinado a ser sepulcro de otro más antiguo, acreditado por los siglos y la historia? ¿Cómo puede contribuir a des-

pojar al suelo de Monfero de un testimonio de su pasado ilustre? Aceptar esto es como aceptar que un día la iglesia rica de cualquier país o estado de la tierra, despoje a nuestra catedral compostelana de su pórtico para darle un destino distinto al que le ofrecieron sus fundadores. La gente responsable de Galicia y aquellos periodistas que no ejercen la traición a su país como arte, más bien, pensamos, como negocio, deben de evitar el despojo de este ejemplo del siglo XII, "el siglo dorado" del monacato gallego, cuando éste ejercía de verdad una función social.

## Perfil Do Filósofo Viqueira

Relémos arestora, morosamente, algúns ensaios dun filósofo galego, morto prematuramente. Non atinamos a dicir, tratándose distes ensaios, que é o que prende máis en nós: si a intelixencia ou a sensibilidade; con sensibilidade e con intelixencia está formada a personalidade do pensador.

Enxergamos aquí mesmo, no pórtico distas páxinas, o retrato físico de Johán Vicente Viqueira. Expresiva, gran cabeza a súa;

fronte nobre, espaciosa; ollos caetrantes e melancónicos, cheos de luz verdosa, asegún o seu biógrafo. A figura do escritor dá sensación de forza. El mesmo o corrobora: "Eu son como un carballo, rexo e podente...".

E' Viqueira home de intensa vida interior. Agúzaa a dureza dunha doenza física, que gravita —penosa, decisivamente— na súa existencia. Os pais do filósofo viven na campia brigantíña; teñen

núa a súa casa solarena. Allí escorren os días mozos do escritor; en pleo campo gallego, no meio da gran visibilidade das marifias be-tancéiras.

Unha fonda inquedanza intelectual enche as súas horas. Nos respiros que lle deixan libre os ataques da súa doenza, adprende linguas, estuda ciencias. Doutórase logo en Filosofía; fai diversos cursos en Universidades francesas e alemás; viaxa polo-o principas países do vello continente. Compra a súa formación filosófica en contaito directo coas grandes correntes do pensamento europeo de aqueles días. Familiarízase, nos máis prestixiosos centros universitarios, coas escolas daquela imperantes: Bergson, o Neokantismo, a Fenomenoloxía...

Unha sólida, rigurosa preparación intelectual, favorece e disciplina o afincio especulativo da súa mente. Pero a raigazón fonda das súas inquedanzas espirituais, se non esgota no prano puramente teórico. Latexa decote, na intimidade do pensador, unha nidia sensibilidade. Son as súas matinações, o eco conceitual de cordiás anxeios. A poesía, a música, alternan coa reflexión no desentor-lo do vivir animico de Johán Vicente Viqueira.

Traballa afanosamente o escritor: traduce obras do alemán, do inglés, do grego; publica opúsculos, libros, ensaios; exerce a función docente na súa cátedra de Filosofía do Liceo cruñés; espi-

*(Continúa en la página 25)*



Johan V. Viqueira, por Cebreiro

**MONFERO***(Galicia emigrante, nº 9, Febrero 1955, pp. 10-11)*

Por ISAAC DÍAZ PARDO

En una quebrada de los montes que vierten sus aguas en el Lambre (1) por el norte, donde el paisaje de pinares rumorosos empieza a perderse en las sierras de Moncouso, el viajero —que recorrió por graves corredoiras un camino que le separa media hora de la carretera más cercana— contempla a sus pies, desde el lugar conocido como “As Parrochas”, en un profundo y maravilloso valle, impresionantemente solo, el Monasterio de Monfero. Inmediatamente nacen en la mente del viajero interrogantes, que contrastan con su admiración, pretendiendo aclarar la presencia del talento humano en este apartado rincón. En seguida se descubre también que el viajero es del siglo XX; pero ello no resta importancia a la visión de una enorme mole de piedra labrada con bellas proporciones, que se yergue señora todavía de su paisaje, que aliado con el tiempo lucha contra ella, encaramándose en sus tejados y cornisamientos, y llegando hasta su torre los dominios de la vegetación.

La curiosidad se asocia en el viajero a su admiración, y lo llevan al fondo del valle frente a la colosal fachada barroca de la basílica, con sus enormes columnas adosadas, y pilastras que lucen airosos capiteles corintios sobre fondos de almohadillada piedra y pizarra. En el interior del templo, de grandiosa nave y crucero cubiertos por bóvedas de cañón con casetones decorados —que se distinguen entre los de su clase— amplias cornisas y pilastras del más puro y sereno barroco, ponen este monumento a un paso del Renacimiento. Hay sepulcros góticos con esculturas de guerreros; hay inscripciones gallegas advirtiendo de la categoría de los personajes en ellas encerrados, “do concello do Rei”, que hablan de un pasado histórico de Galicia, y recuerdan el poder y patrocinio de los Traba, que llegaba a este cenobio, así como el de los Andrade y Moscoso.

La curiosidad corre por sacristías y salas capitulares, que se admiran por su barroco tan poco barroco; se llega, atravesando galerías derruidas, patios y salas, a un hermoso claustro de un sencillo ojival, construido en pleno Renacimiento. Posee una fuente central, y revestimiento exterior que ahoga sus primitivas luces; alza una nueva planta de un franco barroco de finales del siglo XVIII, al que también debe corresponder otro claustro menor del convento, también de dos plantas, con arcos y pilastras. Todo esto lo ve el viajero, mezclado con la naturaleza, hasta tal punto, que a veces no sabe donde termina el campo y donde empieza la arquitectura; porque los claustros tienen encima, arruinando sus costillares, tanta vegetación como el mismo campo.

El guía del viajero le informa pobremente de la historia de este solitario monasterio: el primitivo fue construido por monjes cistercienses hacia mediados del siglo XII, protegido por el conde Pedro Osorio colateral de la poderosa casa de los Traba, de cuyos vestigios apenas sí se adivina alguna piedra. Se renovó el templo a fines del siglo XVI, y el convento en el primer tercio del XVII. Tuvo una riquísima biblioteca, y de él salió en el siglo XVIII el obispo de Solsona defensor de la liturgia del Cister, Fray Agustín V. Varela.

Los montes que lo amparan por el norte, conocidos por los de la Cela, fueron el sitio donde a finales del XVI se les apareció a los monjes la Virgen sobre la que se advoca hoy

el monasterio; cuentan con bellos homónimos con nombres de lugares que recuerdan muy directamente el latín: Altos de la Visura, paso de Loca Ila, etc.

Ahora sabe el viajero, por este descubrimiento que a sí mismo se ha hecho, de la posibilidad de una estética refinada donde sólo creería hallar renuncia; piensa ahora sobre el valor histórico y artístico de esta colosal pieza que tantas cosas dice y que tantas cosas enseña, y siente el dolor de que un tiempo como el nuestro, bajo su responsabilidad, vaya a desmontarla piedra a piedra, para llenar en otro lugar un vacío arquitectónico, para el que parece no fueron suficiente ejemplo los reproches históricos al arco de Constantino. El Monasterio de Monfero, olvidado por los hombres, que han dejado crecer en su osamenta raíces que minan su fábrica, pertenece ya sólo y enteramente, a su paisaje.

(1) Río que desemboca en la ría de Sada en "Ponte do Porco", a mitad de camino de Betanzos a Pontedeume.

## EL DESPOJO DEL PATRIMONIO GALLEGO

(*Galicia emigrante*, nº 18, Febrero de 1956, pp. 1-2)

Hace algún tiempo con motivo del proyectado traslado de Portomarín para inundar su suelo, vino desde Cataluña un técnico para separar de la pared las pinturas románicas de su antigua iglesia. El técnico regresó seguramente a su país luego de realizada su función, y con él desaparecieron los murales románicos de la Iglesia de Portomarín, una de las joyas medioevales de nuestro patrimonio artístico. En Galicia se hizo silencio alrededor de este despojo. Los que debieran protestar no lo hicieron, quizá temiendo las consecuencias que la tal protesta podía ocasionarles. La prensa de Galicia no dijo nada, ¿pero qué iba a decir sobre esto una prensa dirigida desde Madrid, que reniega del idioma y de las tradiciones de su pueblo y que tiene como directores en general a periodistas mercenarios más preocupados por el porvenir de Chian-Kai-Shek o de Mac Carthy que de la agonía de su propio país? (Algún día escribiremos también nosotros sobre "La traición como arte" al modo de ese periodista internacional, conocido nuestro, recordándole a éste como a otros colegas suyos, las crónicas que hacían en 1930 cuando seguramente, por las conclusiones de sus razonamientos actuales, eran simplemente espías). Aquellos murales, decíamos, desaparecieron de Galicia, sin que se supiese nada acerca de ellos, como tampoco se supo del tesoro del monasterio de Sobrado, advertido por un detector de oro manejado por unos técnicos y con la misma desaprensión con que se convirtió al Hospital renacentista de Compostela en Hotel. Ahora se trata de otra reliquia nuestra de la iglesia de Monfero fundada por el conde D. Pedro Osoriz, en época del rey Alfonso VII y sujeta entonces a la regla Benedictina.

Don José Toubes, un párroco coruñés "todo renunciamiento" según manifiesta la "Hoja Oficial" del 22 de noviembre último, pero a quien conocemos de su época de director de "El Ideal Gallego", en la que no renunciaba al menos a ningún atentado que supusiese injuria, decidió, ayudado por las autoridades, levantar un templo a la memoria del santo gallego, autor de la Salve Regina, Pedro de Mezonzo, siguiendo los cánones arquitectónicos del Monasterio de Monfero. Hasta aquí la noticia no tendría para nosotros más importancia que destacar el absurdo que significa que en una ciudad de arquitectura moderna se eleve un edificio que sea recuerdo de un monumento del pasado y precisamente en nuestros días cuando muchas autoridades eclesiásticas en todas partes, pero sobre todo en los países occidentales de Europa, en Francia los PP. Couturier y Régamey, tratan de acomodar estilo arquitectónico, materiales y el arte en general de nuestra época a los nuevos templos que se erijan. Mas la crónica del Sr. Roldán en la "Hoja Oficial" nos ilustra en un atentado del que Galicia entera debe defenderse y es que, para la construcción de la basílica de San Pedro de Mezonzo se pretenda desmontar las "venerables piedras del monasterio de Monfero, que fue dedicado a Santa María en el siglo XII". ¡Quién le había de decir, pensamos nosotros de modo contrario al del Sr. Roldán, a Martínez Salazar patriarca de nuestros estudios históricos y literarios, que un nieto suyo iba a prestarse como ingeniero a este atentado a nuestro patrimonio artístico e histórico! El Sr. Toubes, de acuerdo con las autoridades en su ignorancia y desaprensión, acordaron adosar la maravillosa fachada del Monasterio de Monfero a la arquitectónicamente anacrónica basílica que proyectan edificar en La Coruña. Despojarán a uno de los más antiguos templos actuales de Galicia de lo que constituye desde hace ocho siglos nuestro orgullo,

y restarán además a nuestra época la posibilidad de que arquitectos, ingenieros y artistas capaces y originales yergan un monumento que la represente como tal. El monasterio de Monfero es un monumento que debe de quedar restaurado en el paisaje en que fue erguido como testimonio de un pasado gallego de esplendor. Atentar contra sus piedras es atentar contra la tradición y la historia venerable de Galicia. Cuando el Cardenal Quiroga Palacios fue elegido arzobispo de Compostela, toda Galicia se alegró de su designación porque se le suponía encendido de galleguidad.

¿Cómo ahora puede bendecir los cimientos de un nuevo templo que está destinado a ser sepulcro de otro más antiguo, acreditado por los siglos y la historia? ¿Cómo puede contribuir a despojar al suelo de Monfero de un testimonio de su pasado ilustre? Aceptar esto es como aceptar que un día la iglesia rica de cualquier país o estado de la tierra, despoje a nuestra catedral compostelana de su pórtico para darle un destino distinto al que le ofrecieron sus fundadores. La gente responsable de Galicia y aquellos periodistas que no ejercen la traición a su país como arte, más bien, pensamos, como negocio, deben de evitar el despojo de este ejemplo del siglo XII, "el siglo dorado del monacato gallego", cuando éste ejercía de verdad una función social.